
HASTINAPURA

diario para el alma

Año 17, Número 96 – Enero febrero de 2016

Índice

Los motivos del lobo.....	3
Del Tao Tê King.....	6
Cuentos del maestro Abhyasa Tirtha (IV).....	7
Meister Eckhart y las enseñanzas del Bhagavad Gîtâ.....	10
Enseñanzas del Dhammapada.....	13
Meditar en Dios y servir a nuestros semejantes.....	15
Los Bhakti Sûtras (VI).....	17

Kamapura y su discípulo Satyam

Keru, el Pandit, era realmente un sabio. El mundo y sus innumerables ciencias era bien conocido por él. Era capaz de leer como en un libro abierto las leyes que conformaban al vasto Universo. Erudito de gran renombre, viajaba por los reinos de India, a los que generosamente inundaba con la luz de su intelecto. Al parecer había llegado a los límites del conocimiento.

Desdichadamente para él, su hijo primogénito estaba desposeído de todo interés por la infinita erudición de su padre; se llamaba Satyam.

—Mi padre contempla la Vida por la estrecha ventana del conocimiento intelectual. El pequeño paisaje que se puede avizorar a través de ella no puede otorgarnos sabiduría espiritual alguna. La llama de la luz mental es llama pequeña, y carente del brillo de la Infinita Luz. ¿Cómo mi padre no se da cuenta de ello? Se cuentan por millares los hombres que con la innata curiosidad propia del ser humano han querido abrir el libro de la naturaleza para descubrir el significado de sus vastos misterios, y no lo han conseguido. ¿Cómo puede saber el hombre si no se sabe Ser? El hombre suele indagar en todo lo que simplemente es una apariencia del Absoluto. No, yo no quiero tomar el camino de mi padre, ni quiero asomarme a la Vida por la ventana del conocimiento de la mente.

Satyam contemplaba la Presencia de Dios en todas las cosas. Así como su amado padre anhelaba descubrir, con la ayuda de las leyes científicas, el camino hacia la verdad, Satyam veía en todo lo que le circundaba, la Belleza del Señor. Una hoja seca, una lejana estrella, un ave, todos eran manifestaciones del Señor. Para él, Dios era Belleza, y había que cantarle más allá del pensamiento, con todo el corazón.

Cierta vez, en que se hallaba junto a sus compañeros de estudio a los pies de un maravilloso árbol bayán, atinó a pasar por allí el Sabio Kamapura, quien se puso a hablar a los jóvenes. Al escucharlo disertar sobre la belleza de Dios, Satyam conoció el éxtasis.

Kamapura enseñaba sobre otra clase de belleza que se encontraba más allá de las formas. Kamapura hablaba de la belleza del Amor, de su Reino Divino, hablaba del Amor que perdona, que comprende, que entrega, que no avasalla al ser amado, que siempre otorga. Hablaba de la belleza de la extraña flor que nace en el jardín de las virtudes, hablaba del loto divino del inegoísmo, hablaba de la sagrada azucena de la compasión.

HASTINAPURA

diario para el alma

Y Satyam escuchaba con el alma arrobada, porque sabía que todo cuanto Kamapura estaba diciendo pertenecía al Reino de Dios. La belleza de la cual Kamapura estaba hablando era la belleza que poseía el manto de la Divinidad, manto con el cual Ella cubría el cuerpo de su hijo el mundo. La Belleza era hija de Su Ciencia, y esta Ciencia nada tenía que ver con la que investigaba su padre Keru. Esta última, estudiaba al mundo con la curiosidad, hija de la mente, que cree poder omniabarcar todas las claves con las que Dios direcciona Su Universo. Pero nunca podrá hacerlo, porque cuando la mente se fuga de la mística, lleva en sí misma la destrucción de su poder.

Y desde aquel momento, Satyam pasó a ser discípulo de Kamapura. Postró todo su ser ante su Guru, lo sirvió con devoción y aprendió todo cuanto le enseñaba. De la mano de su Maestro penetró en el bosque encantado de la Belleza de Dios. Descubrió que la fealdad no existía sino para los ojos ciegos, descubrió que todo en el mundo carecía de mezquindad, y que aún la misma ciencia de su padre Keru era bella, puesto que la curiosidad del saber era don sagrado que tarde o temprano la sumergiría en el vastísimo océano de la perfección. Lo Bello y lo Perfecto son uno en el Universo. El Hombre lo descubre cuando, despojado de su ego crítico e inmisericorde, logra ver a través de su corazón enamorado del Cielo, lo que éste tiene para dar a toda criatura que Despierta. Por el despertar de su conciencia celeste, Satyam se desterró para siempre del reino de los opuestos; ahora habitaba sólo en el Reino del Ser, que era el Reino de Dios, donde sólo existía el Amor sin el odio, el Bien sin el mal, la perfección del alba sin las sombras del ocaso.

Y Satyam, se dedicó a cantar por los caminos la buena nueva de su recién descubierta Bienaventuranza. Cantó a la Belleza de Dios, y la vio en todo lo creado. Pero siguiendo las enseñanzas de Kamapura, fue aún más allá, y encontró la Suprema Belleza en la Gran Realidad de la Conciencia Despierta. Su conciencia celeste, erudita en alquimia, había logrado apartar de su mente la idea del mal.

“Todo es para bien”, decía Satyam, abrazado a su Parabrahman, en el recinto divino de su corazón, abrazado a Dios Perfecto, que había generado el mundo sin que en él existiera ninguna otra mácula para el hombre, que la de su incapacidad de percibir lo bello en todo lo creado.

Y así, Satyam, de la mano de su Maestro Kamapura poco a poco fue descubriendo a su Señor en todas las cosas, en el corazón de todos los seres, hasta que, finalmente, su propio corazón ingresó para siempre en el Sagrado Reino del Corazón de Dios.

Ada Albrecht Del libro “Bhakti Sûtras”

HASTINAPURA

diario para el alma

Los motivos del lobo

Rubén Darío

El varón que tiene corazón de lis, alma de querube, lengua celestial, el mínimo y dulce Francisco de Asís, está con un rudo y torvo animal, bestia temerosa, de sangre y de robo, las fauces de furia, los ojos de mal: el lobo de Gubbia, el terrible lobo, rabioso, ha asolado los alrededores; cruel ha deshecho todos los rebaños; devoró corderos, devoró pastores, y son incontables sus muertes y daños.

Fuertes cazadores armados de hierros fueron destrozados. Los duros colmillos dieron cuenta de los más bravos perros, como de cabritos y de corderillos.

Francisco salió: al lobo buscó en su madriguera.

Cerca de la cueva encontró a la fiera enorme, que al verle se lanzó feroz contra él. Francisco, con su dulce voz, alzando la mano, al lobo furioso dijo: –“¡Paz, hermano lobo!” El animal contempló al varón de tosco sayal; dejó su aire arisco, cerró las abiertas fauces agresivas, y dijo: –“¡Está bien, hermano Francisco!”

–“¡Cómo! –exclamó el santo–. ¿Es ley que tú vivas de horror y de muerte?

¿La sangre que vierte tu hocico diabólico, el duelo y espanto que esparces, el llanto de los campesinos, el grito, el dolor de tanta criatura de Nuestro Señor, no han de contener tu encono infernal?

¿Vienes del infierno?

¿Te ha infundido acaso su rencor eterno Luzbel o Belial?

Y el gran lobo, humilde: “¡Es duro el invierno, y es horrible el hambre! En el bosque helado no hallé qué comer; y busqué el ganado, y en veces comí ganado y pastor.

¿La sangre? Yo vi más de un cazador sobre su caballo, llevando el azor al puño; o correr tras el jabalí, el oso o el ciervo; y a más de uno vi mancharse de sangre, herir, torturar, de las roncadas trompas al sordo clamor, a los animales de Nuestro Señor.

Y no era por hambre, que iban a cazar”. Francisco responde: –“En el hombre existe mala levadura.

Cuando nace viene con pecado. Es triste.

Mas el alma simple de la bestia es pura.

Tú vas a tener desde hoy qué comer.

Dejarás en paz rebaños y gente en este país.

¡Que Dios melifique tu ser montaraz!

–“Está bien, hermano Francisco de Asís”.

–“Ante el Señor, que todo ata y desata, en fe de promesa tiéndeme la pata”.

El lobo tendió la pata al hermano de Asís, que a su vez le alargó la mano.

Fueron a la aldea. La gente veía y lo que miraba casi no creía. Tras el religioso iba el lobo fiero, y, baja la testa, quieto le seguía como un can de casa, o como un cordero.

HASTINAPURA

diario para el alma

Francisco llamó la gente a la plaza y allí predicó.

Y dijo: –“He aquí una amable caza. El hermano lobo se viene conmigo; me juró no ser ya vuestro enemigo, y no repetir su ataque sangriento.

Vosotros, en cambio, daréis su alimento a la pobre bestia de Dios”. –“¡Así sea! – contestó la gente toda de la aldea.

Y luego, en señal de contentamiento, movió testa y cola el buen animal, y entró con Francisco de Asís al convento.

Algún tiempo estuvo el lobo tranquilo en el santo asilo.

Sus bastas orejas los salmos oían y los claros ojos se le humedecían.

Aprendió mil gracias y hacía mil juegos cuando a la cocina iba con los legos.

Y cuando Francisco su oración hacía, el lobo las pobres sandalias lamía.

Salía a la calle, iba por el monte, descendía al valle, entraba en las casas y le daban algo de comer. Mirábanle como a un manso galgo. Un día, Francisco se ausentó. Y el lobo dulce, el lobo manso y bueno, el lobo probo, desapareció, tornó a la montaña, y recomenzaron su aullido y su saña. Otra vez sintióse el temor, la alarma, entre los vecinos y entre los pastores; colmaba el espanto los alrededores, de nada servían el valor y el arma, pues la bestia fiera no dio treguas a su furor jamás, como si tuviera fuegos de Moloch y de Satanás.

Cuando volvió al pueblo el divino santo, todos lo buscaron con quejas y llanto, y con mil querellas dieron testimonio de lo que sufrían y perdían tanto por aquel infame lobo del demonio.

Francisco de Asís se puso severo.

Se fue a la montaña a buscar al falso lobo carnicero.

Y junto a su cueva halló a la alimaña.

–“En nombre del Padre del sacro universo,

Conjúrote, dijo, ¡oh lobo perverso!, a que me respondas: ¿Por qué has vuelto al mal? Contesta. Te escucho”.

Como en sorda lucha, habló el animal, la boca espumosa y el ojo fatal:

–“Hermano Francisco, no te acerques mucho...

Yo estaba tranquilo allá en el convento; al pueblo salía, y si algo me daban estaba contento y manso comía.

Mas empecé a ver que en todas las casas estaban la Envidia, la Saña, la Ira, y en todos los rostros ardían las brasas de odio, de lujuria, de infamia y mentira. Hermanos a hermanos hacían la guerra, perdían los débiles, ganaban los malos, hembra y macho eran como perro y perra, y un buen día todos me dieron de palos.

Me vieron humilde, lamía las manos y los pies. Seguía tus sagradas leyes, todas las criaturas eran mis hermanos: los hermanos hombres, los hermanos bueyes, hermanas estrellas y hermanos gusanos.

Y así, me apalearon y me echaron fuera. Y su risa fue como un agua hirviente, y entre mis entrañas revivió la fiera, y me sentí lobo malo de repente; mas siempre mejor

HASTINAPURA

diario para el alma

que esa mala gente. y recomencé a luchar aquí, a me defender y a me alimentar. Como el oso hace, como el jabalí, que para vivir tienen que matar.

Déjame en el monte, déjame en el risco, déjame existir en mi libertad, vete a tu convento, hermano Francisco, sigue tu camino y tu santidad”.

El santo de Asís no le dijo nada. Le miró con una profunda mirada, y partió con lágrimas y con desconsuelos, y habló al Dios eterno con su corazón.

El viento del bosque llevó su oración, que era:

“Padre nuestro, que estás en los cielos. . .”

HASTINAPURA

diario para el alma

Del Tao Tê King

Capítulo 27

Un buen viajero no deja huellas

Un buen viajero no deja huellas. Un buen orador no comete errores.

Un buen calculista no necesita instrumentos de cálculo.

Un buen custodio no necesita barrotes ni cerrojos. Y sin embargo, es imposible abrir lo que él cerró.

Quien saber atar no necesita de cuerdas ni de nudos. Sin embargo, es imposible desatar lo que él unió.

Sin embargo, aunque una persona cometa uno o más errores, jamás deberíamos rechazarla por ello.

El Sabio a nadie rechaza, por ello es un buen salvador de almas.

El Sabio no rechaza a ningún ser, así, él es un buen protector de todos los seres.

Por esto es llamado doblemente Iluminado. Por lo tanto, los buenos hombres son los maestros de los hombres equivocados. Y los errados son moldeados por los hombres buenos.

Aquel que no venera a su Maestro, y aquel que no ama la posibilidad de hacer el bien, aunque sea muy inteligente, siempre estará confuso.

Esta es una verdad muy profunda... y muy sutil.

Capítulo 41 El discípulo

Cuando una persona elevada oye hablar del Tao, desea alcanzarlo y comienza a practicar disciplinas para ello.

Cuando una persona media oye hablar del Tao, parece comprender... pero luego lo olvida.

Cuando una persona baja oye hablar del

Tao, ríe en alta voz.

Y es precisamente esta risa del ignorante la que nos demuestra la grandeza del Tao.

Esa es la razón por la cual el antiguo proverbio dice:

“El Tao, siendo todo Luz, parece oscuro. Siendo todo Vida y Expansión infinita, parece pequeño.

Siendo omnipresente, parece oculto. El blanco más puro, parece incoloro. La virtud más elevada, parece simple. Y la virtud más firme, parece frágil.

La naturaleza más inmutable, parece cambiante a los ojos del ignorante.

El cuadrado más grande, parece no tener ángulos.

La vasija más inmensa, parece no completarse nunca.

El sonido más poderoso, parece inaudible. Y la forma universal, parece invisible.

Por ello, el Tao, no puede ser nombrado”. Pero aún así, el Tao es el Padre de todas las cosas.

HASTINAPURA

diario para el alma

Cuentos del maestro Abhyasa Tirtha (IV)

Enseñanzas sobre los versos 13 al 20 del Bhagavad Gîtâ

por Ada Albrecht

La más grande de todas las enseñanzas que el ser humano puede haber recibido en libro alguno están compendiadas en los ocho versos del Bhagavad Gîtâ llamados “Amrita Ashtakam”, o sea, “los versos de miel”, los versos del milagro espiritual que puede transmutar la crisálida humana en criatura de alas portentosas. Son luz inefable para el camino, son la palabra del Maestro que todos aspiramos alguna vez poseer, encontrar en esta vida. Podemos leer infinitos tratados de filosofía. Bucear en bibliotecas sin cuento. Estudiar idiomas, analizar todos los Yogas que han existido y que existen, pero nada, absolutamente nada puede ser comparado con los versos de miel. El azúcar celestial con el cual se hallan escritos, hacen que la criatura humana deje abandonada toda su vestidura de apegos y comprenda que su patria, el país de su corazón, se halla donde la brújula divina de estos ocho poemas le señala.

No nos dicen simplemente “ama a tus semejantes”. Las primeras palabras de su poema nos dicen “no malquieras, hijo mío, a ser alguno”. No malquiera a criatura alguna. No malquieras, y así, no despedaces el cuerpo de un árbol. No malquieras, y así, no golpees a los pequeños animales domésticos con los cuales convives. No malquieras, y así, no des la espalda al mendigo que te pide una limosna. No malquieras, ni si quiera a tu ego. No te malquieras a ti mismo. No malquieras absolutamente a nadie, porque todo lo que sea mal amor está basamentado en el agigantamiento, en la soberbia del ego. Todo lo que sea malquerer es producto suyo. Todo lo que sea santidad de sentimiento es producto del Espíritu o Âtma manifiesto en la criatura humana que comienza a crecer, que comienza a elevarse, como un niño a caminar, como un ave a florecer en la gracia de un vuelo. Así, “quien no malquiere a ser alguno”.

Una manera de decirnos “si no malquieres es porque alcanzaste tu naturaleza espiritual”, “si no malquieres es porque te has elevado por sobre la caparazón de tu personalidad”, “está más allá de tu miseria, y te has elevado hasta el tesoro de ese joyel maravilloso que encierra tu corazón”. Repítete una y otra vez con el Amrita Ashtakam, en cada paso que des por la vida, en cada respiración que tengas, Señor, dame la gracia de no malquerer, dame la gracia de no malquerer, dame la gracia de no malquerer a criatura alguna.

Abhyasa Tirtha, el Maestro, observaba el horizonte de esa India del norte, donde la precordillera de los Himalayas, como una metáfora de la gloria de las cumbres nevadas que se encontraban más allá, poseían la virtud del esplendor y el florecimiento que aguardaba a las almas en el mundo espiritual, que eran capaces de ir más allá de esa selva gigantesca e internarse en ese mundo maravilloso de las nieves eternas, donde ya la vida tomaba la característica de la absoluta quietud. Y así, observando las montañas, dijo Abhyasa Tirtha a sus discípulos:

—Una vez, en mi Ashram, tuve la gloria infinita de recibir un alumno. Me lo trajeron los padres. Era un príncipe, y había nacido en un pequeño reino del sudeste de nuestro país. Cuando llegó a nuestro Ashram, contaba apenas con diez años. Sus ojos eran profundos y oscuros, y en esa oscuridad de sus negros ojos, se levaba sin embargo, toda la claridad de un alma numerosa. Primero en la clase, comenzaron su proezas intelectuales, su comportamiento, su humildad, a despertar los celos y la envidia de sus compañeros. Algo desdichadamente común entre los seres humanos que se agrupan para

HASTINAPURA

diario para el alma

una determinada labor. Uno de esos jóvenes lo laceraba constantemente. Lo hería con sus burlas, y así le decía:

–Una vez, India tuvo la desdicha de sus tiempo, todos ellos cayeron en desgracia, y en el momento actual ya no hay que soportarlos, ni a los reyes –y sonriendo burlonamente– ni a sus descendientes.

O bien, a la hora de la comida, y si él estaba de turno en el cuidado de la alimentación de sus compañeros, le daba siempre el peor plato, el más magro, si era posible, el quemado. Las salsas, que le servían en los pequeños recipientes, siempre eran diminutas y mal hechas. El príncipe se llamaba Raja, y su compañero, es decir, el más envidioso de todos ellos, se llamaba Moham. Por más que yo observaba el comportamiento de ambos, nunca pude notar en Raja el menor de todos los sufrimientos, o requemor, o angustia por la conducta de su hermano de aula. Tal es así, que una vez, asombrado ante su quietud y su piadosa sonrisa lo llamé para hablar con él.

–Sé que algunas conductas de tus compañeros son duras para contigo. Pero nunca te he visto reaccionar contra ellas. Por ejemplo el caso de Moham. Te veo imperturbable. Eres excesivamente pequeño para que tu viejo maestro se ilusione diciendo que esa imperturbabilidad nace de tu equilibrio interior. Ojalá fuera así. Pero dime, de dónde viene ese estado tuyo que te mantiene tan calmo ante tantas burlas e imprecaciones. Con gran sorpresa para mí –dijo el Maestro Abhyasa Tirtha a sus discípulos–, vi que Raja caía a mis pies llorando.

–En el reino de mi padre –dijo Raja–, he visto muchos condenados a muerte por sus felonías, que sufrían al ser llevados al lugar de castigo, y sufrían profundamente. En ese momento de dolor, toda el alma mía, Maestro, se sentía totalmente agobiada y entristecida. Yo no veía en ellos hombres malos, lo que yo veía eran hombres que por un instante de sus vidas, habían permanecido ciegos ante la luz. Eran como murciélagos espirituales, pero sin el radar de nuestros hermanos pequeños, que vuelan sobre la noche guiándose por él. No tenían nada, sólo tenían el tesoro negro de su codicia, de su ambición, que los llevaba como esclavos miserables, a matar, a hurtar, para que ese pecaminoso rey de la ambición y de la gula material, pudiera conquistar, con malas mañas, sus tesoros. Me daba cuenta, Guruji, cada vez que asistía a la corte donde los hijos de los reyes debíamos ir, para aprender desde pequeños lo que nos esperaba en el futuro, cada vez, como le digo, que yo iba a la corte y presenciaba ese drama, no me dolía tanto el que había recibido la infamia del crimen, del hurto, como sí me dolía el criminal y el ladrón. Pensaba yo, en aquel entonces, con mis ocho años apenas de vida, en ese hurto y en esa infamia, por duro que haya sido para quien lo recibiera, no podían golpear su ser espiritual, sino sólo hacer daño al ego que recibía ese castigo. Pero los criminales y los ladrones que habían realizado esas acciones tenían delante suyo verdaderas tormentas futuras en el océano de su vida. Los veía naufragar en mi imaginación. Los veía destruirse contra los riscos de las cosdiscernimiento, acongojados. Los veía en fin, como piedras humanas que no podían lograr la sagrada beatitud de la comprensión. Aquella que nos dice: “el que hace un daño, recibe mil por el que ha hecho”. Y lloraba, Maestro, lloraba por esto. Aquí lloro también por Moham. Como su nombre lo indica (la palabra Moham en sánscrito significa ceguera o ilusión), se halla completamente ciego. Me golpea de todas las formas posibles, porque, equivocadamente, él envidia mi posición en la vida. Mi padre es rey, el de él se perdió por los caminos de la tierra. Fue abandonado, lo crió una tía. Su madre había muerto. Entonces me observa como si yo tuviera todo lo que legalmente le pertenece a él, y no encontró esos tesoros de los cuales cree que yo me jacto. Por eso me da pena, Señor,

HASTINAPURA

diario para el alma

porque le esperan muchas horas de dolor. Y no podría desde ningún punto de vista malquererlo, porque todo mi corazón está mielificado por la comprensión, y, si puedo decir, por el perdón. Por el amor.

Por eso es, Maestro, que no reacciono ante las constantes imprecaciones del desdichado de Moham. Eso sí, rezo mucho para que Dios misericorde, el Sagrado Señor de la Liberación, nuestro benemérito Shiva, y Su hijo, el Dios de la Sabiduría Perfecta, el Sabio Ganeshaji, puedan llevarlo y guiarlo a Moham para que en un futuro cercano no yazca en el lecho del dolor, en el lecho terrible de la equivocación.

Callóse Abhyasa Tirtha, observó a sus discípulos y dijo:

–Nunca pude olvidarme de Raja. Permaneció en el Ashram dos años. Cuando cumplió los doce tuvo que marchar a su reino. Fue el discípulo ejemplar.

Esa frase, “quien no malquiere a ser alguno”, adquirió profundas raíces de sabiduría en el corazón de todos los que conformaban la clase de Abhyasa Tirtha. Es absolutamente injusto malquerer a un ser humano. Es injusto, y además, es torpeza de la mente, porque, ¡cómo malquerer al hombre que lleva sobre sus espaldas una gigantesca carga de espinas y de piedras y transita el camino hiriéndose constantemente con su peso y con sus puntas aguzadas. Nadie puede malquerer a criatura semejante. Ese es el hombre que, como dice nuestra Amrita Ashtakam, malquiere a la criatura, malquiere a todo aquello que es digno de amor y él no lo sabe.

Y Abhyasa Tirtha dijo ya para finalizar:

–No olviden nunca el cuento de Raja. No olviden tampoco el por qué de las crueldades de Moham. Uno reaccionaba porque su personalidad se hallaba herida. El otro, daba la gracia de su amor, porque era un realizado.

HASTINAPURA

diario para el alma

Meister Eckhart y las enseñanzas del Bhagavad Gîtâ

por Julián Fernández

"El desprendimiento es la mejor disciplina, porque purifica el alma, clarifica la conciencia, inflama el corazón, despierta el espíritu, acelera el anhelo Divino y une a Dios"

Meister Eckhart

Por la Gracia de Dios y de nuestra Amada Maestra, han llegado hasta nosotros las enseñanzas de Gigantes del Espíritu, grandes místicos de todas las religiones, que alimentan con su Devoción nuestro sendero hacia Dios. Meister Eckhart es uno de ellos. Nacido en 1260 en lo que hoy se llama Alemania, dedicó toda su vida al servicio religioso, inspirando a muchísimas almas, y dando enseñanzas a los jóvenes monjes en cada uno de los monasterios a los que asistía, recorriendo las largas distancias entre uno y otro, enteramente a pie. Estas enseñanzas se encuentran en "Instrucciones Espirituales", del libro "Los Tratados", de Editorial Hastinapura.

Algo que encontramos muy llamativo es la gran coincidencia entre sus enseñanzas y las que podemos encontrar en el Sagrado Bhagavad Gîtâ de India, sobre todo en lo concerniente al Karma Yoga, o sea la acción sin apego al fruto, inegoísta, ofrendada a nuestro Señor y realizada para el bien de los demás.

Dice Meister Eckhart:

"Cuando el hombre sale de sí y renuncia a sí mismo en la entrega, Dios se ve impelido a penetrar en él. Cuando me he despojado de mi voluntad para ponerme en las manos de Dios y nada quiero para mí mismo, es preciso que Dios vele por mí".

Dice el Bhagavad Gîtâ VI, 4:

"Cuando un hombre no siente apego alguno a las acciones, ni a los objetos de sensación, y renuncia a la voluntad intencionada, queda establecido en el Yoga (Unión con Dios)".

En ambas citas encontramos el concepto de renuncia como medio de unión con Dios. Esta sublime renuncia no se refiere a cuestiones materiales necesariamente, sino a un desprendimiento de la chatura, de todo lo relacionado con el egoísmo que es fuente de desdichas sin fin para el individuo y para su entorno. O sea que no se renuncia a algo agradable, bueno, luminoso y que lamentaríamos mucho perder. Por lo contrario es una suerte de liberación, de desprendimiento, que conlleva una ganancia infinita e inconmensurable: la Bienaventuranza de nuestro Señor. Nos enseñan que la renuncia a la voluntad intencionada equivale a la entrega total a Dios, y que esta entrega nos lleva a la Suprema y Amorosa Unión con nuestro Señor, viviendo en Él y para Él.

A esta misma idea la encontramos más desarrollada en los siguientes párrafos del Bhagavad Gîtâ (XII:15,16):

"Quien no conturba al mundo ni el mundo le conturba, que está libre de las inquietudes del gozo, del temor y de la cólera, él es a quien Yo amo."

"El que nada desea, el que sin pasión, sereno experimentado y puro renuncia a toda empresa, él, ¡oh devoto Mío!, es a quien Yo amo."

Y en Meister Eckhart:

HASTINAPURA

diario para el alma

“Un espíritu que ha renunciado a sí mismo es aquél a quien nada perturba, que a nada está ligado, que no ha vinculado su bien supremo a nada en particular, que no considera de ninguna manera lo que es suyo, que se ha entregado por completo a la carísima Voluntad Divina y salido de sí.”

Cuando el ser humano logra esta perfecta entrega que implica la renuncia a la voluntad intencionada (o sea egoísta) y se establece en la ecuanimidad interior, libre de cualquier tipo de inquietud, recibe la Gracia del Amor Divino, es decir la Suprema y Beatífica Unión con Dios.

Hasta aquí se ha hablado de la correcta acción, de la entrega a Dios y a Su Voluntad, pero ¿qué ocurre cuando en nuestro camino hacia Él tropezamos y cometemos errores, también llamados pecados? ¿De qué manera podemos sortearlos para poder seguir adelante hacia el radiante Sol del Amor Divino?

Dice Meister Eckhart:

“Toda la ofensa, todo el ultraje cometido para con Dios por todos los pecados (errores) quiere soportarlos y los ha soportado durante muchos años para que el ser humano adquiera un conocimiento profundo de Su Amor, para que el amor y el reconocimiento del ser humano sean mucho más grandes, su celo más ardiente, cosa que es legítima y frecuente después del pecado.”

Dice el Bhagavad Gîtâ IV, 36:

“Aunque fueras máximo pecador entre pecadores, aún podrías cruzar sobre todo pecado en la nave de la sabiduría (Sabiduría del corazón, o sea Amor)”.

A través de las mieles del perdón, Dios se nos revela como Supremo e Infinito Amor. El perdón es música celestial en el interior de la criatura humana, que disuelve las tensiones acumuladas que llamamos rencores y que impiden amar, y por ende acercarnos a Dios. Que el constante perdonar nos permita abrir el corazón para amar y amar hasta fundirnos en un Divino Abrazo con nuestro Señor. ¡Dios es Perdón! ¡Dios es Amor!

Cuando esto es realizado por el ser humano, cuando experimenta al fin ese Divino Amor, se produce una alquimia indescriptible en esa criatura que le permite ver al Señor en todo cuanto le rodea, en cada ser y cada cosa, incluido él mismo, de modo tal que puede exclamar con arrobado y puro sentimiento: ¡Todo es Dios!

Al respecto nos dice Meister Eckhart: “Quien posee a Dios en su esencia capta a Dios según el modo de Dios. Para él Dios resplandece en todas las cosas. Todas las cosas tienen para él el gusto de Dios. Él ve Su imagen en todas las cosas. En él brilla Dios en todo tiempo.”

Y el Bhagavad Gîtâ VI, 30-31:

“Quien por doquiera Me ve y ve toda cosa en Mí, no perderá nunca en Mí el sostén ni Yo dejaré jamás de sostenerle.”

“El yogi que afirmado en la Unidad Me adora residente en todos los seres, vive en Mí como quiera que viva.”

Cada perrito, ave, árbol, lirio, hierba silvestre, montaña, arroyo y nube, son rostros de mi Señor. Cada ser humano, niño, joven o anciano, con buen o mal humor, con semblantes tristes o alegres, son rostros de mi Señor. Cada pequeña hormiga, inmenso elefante, suave pluma, perfecto caracol, tierno manantial surgiendo de la roca o

HASTINAPURA

diario para el alma

estruendosa catarata, son rostros de mi Señor. En todo está Él con su inconmensurable Amor, en todo Él canta Su infinita y sublime canción universal a través de cada voz y sonido. Repetimos: Todo es Dios, “Sarvam Kalvidam Brahman”. Al llegar a esta Vivencia el ser humano, haga lo que haga, estará en Dios y se tornará un amoroso sembrador de Bien dondequiera que esté. ¡Que el Señor nos permita la suprema Entrega a Su Voluntad y nos lleve de la mano de la Santa Devoción hasta unirnos a Él!

HASTINAPURA

diario para el alma

Enseñanzas del Dhammapada

Capítulo V

Larga se hace la noche para el que debe permanecer en vigilia. Largo el camino para el viajero cansado. Y también larga es la sucesión de las existencias para los que no conocen la Verdad.

En la senda de la vida, si el discípulo no encuentra a alguien mejor que él, o por lo menos igual, es preferible que realice el viaje en soledad. Los necios nunca son buenas compañías.

“Estos son mis hijos, éstas son mis riquezas”; tales son las palabras que continuamente pronuncia el necio. En verdad, ni siquiera él mismo se pertenece, ¡y en su ignorancia cree que son suyos sus hijos y sus riquezas!

El necio que sabe que es necio al menos es sabio en eso; pero el necio que se cree un sabio es verdaderamente un necio.

Un necio puede pasar toda su vida en la compañía de un sabio, y aún así, no podrá comprender la Verdad, del mismo modo en que la cuchara no gusta la salsa que recoge.

Un hombre virtuoso, aunque esté tan sólo un momento cerca del sabio, comprenderá rápidamente la Verdad, del mismo modo en que la lengua gusta inmediatamente del sabor de la salsa que paladea.

En verdad, los necios actúan como si fueran enemigos de ellos mismos, realizando malas acciones que les han de producir amargos resultados.

Puedes conocer que la acción que has realizado no es buena cuando ella es causa de remordimiento y cuyo fruto produce lágrimas de dolor.

A su vez, se conoce que la acción realizada es buena cuando uno no se arrepiente después de haberla hecho y cuyo fruto es la felicidad y la paz de la mente.

La mala acción aparenta ser una verdadera miel mientras el mal que habita en ella aún no ha madurado; pero, en cuanto produce sus amargos frutos, el dolor comienza.

Durante meses y meses el necio, en su falsa austeridad, puede alimentarse tan sólo de hebras de hierba kusha, pero aún así su virtud no sería ni siquiera la dieciseisava parte de aquel que ha comprendido la Verdad.

En verdad, la mala acción que se comete no da su fruto en forma inmediata, del mismo modo en que la leche no se pone agria en un instante. Así como el fuego cubierto de cenizas sigue ardiendo, de igual modo, la mala acción cometida permanece activa, y persigue al necio hasta alcanzarlo.

El necio a veces adquiere conocimiento y fama; ello será causa de su completa ruina. Porque ese conocimiento y fama contribuirán a tornarlo más necio aún.

Se puede distinguir a un necio rápidamente porque siempre desea tener una reputación inmerecida, gozar de autoridad para su propio beneficio y ser alabado por los hombres.

HASTINAPURA

diario para el alma

“Que todos me admiren. Que me elogien y enaltezcan. Que me obedezcan en todo”. He aquí cómo piensa el necio; y sus deseos, así como también su orgullo, crecen sin cesar.

“Una cosa es la persecución de las riquezas y otra muy distinta es la búsqueda del Nirvana.” He aquí cómo piensa el monje, el discípulo de Budha, y no corre tras los bienes del mundo, sino que pacientemente cultiva el desapego.

HASTINAPURA

diario para el alma

Meditar en Dios y servir a nuestros semejantes

por Claudio Dossetti

Así como un ave, para volar, necesita de sus dos alas, de modo similar, el ser humano, para elevarse hacia Dios, también necesita de sus dos alas, que son: la Oración y el Servicio a sus semejantes.

Mediante la oración y la meditación se afianza en nuestro interior el sentimiento de que Dios se halla presente en todas las cosas, que reside en el corazón de todos los seres, que todo cuanto vemos es Dios, y que nosotros mismos, en nuestra más íntima esencia, también somos ese Dios pleno de Bondad, Bienaventuranza, Sabiduría y Eternidad Absolutas. También, gracias a la oración y la meditación, comenzamos a entregarnos más a la Voluntad de Dios y vamos dejando a un lado los dictados de nuestro pequeño ego personal, y de este modo, los temores, pesares, padecimientos, dudas, angustias, etc., poco a poco se van yendo, del mismo modo en que el viento lleva las nubes que, a veces, cubren al Sol. Además, gracias a la oración y la meditación, va aumentando nuestro afecto hacia Dios, es decir, comenzamos a Amar más a Dios que a las cosas del mundo, las cuales son pasajeras, como todo cuanto nace del Padre Tiempo. En resumen, la oración y la meditación hacen que el Divino Señor ocupe un lugar más importante en nuestro corazón, y que las cosas terrenas vayan ocupando un espacio más pequeño en nuestro interior. Así, la Divinidad crece en nosotros.

Por otra parte, el servicio a nuestros semejantes hace que salgamos de la casa de nuestro ego y nos volquemos hacia los demás con el anhelo de hacer el bien, y de brindar felicidad y paz a quienes Dios ha puesto cerca de nosotros. El hecho de anhelar y pensar en lograr nuestra propia felicidad hace que el corazón se vaya tornando pequeño e indiferente a las necesidades de los demás. En cambio, el hecho de anhelar y pensar en lograr la felicidad de los otros hace que el corazón se expanda y se torne más sensible a las necesidades de quienes nos rodean. El primer camino, es decir, el pensar en nuestro propio bienestar, es el sendero que nos aleja de Dios. El segundo camino, es decir, el pensar en el bienestar de los demás, es el sendero que nos lleva a Dios. El agua estancada se oscurece, mientras el agua que corre es cristalina, de modo similar, los pensamientos egoístas estancados en nuestro propio corazón lo oscurecen, mientras que los que fluyen por amor a los demás, lo clarifican. Todo pesar, toda angustia y todo temor desaparecen al trabajar para el bien de los aquellos que nos rodean, mientras que aumentan cuando pensamos en nosotros mismos. Cuanto más pensamos en nosotros mismos, más desdichados seremos, y cuanto menos pensemos en nosotros, mayor será la felicidad que more en nuestro interior.

Así, la vida espiritual y el servicio a nuestros semejantes son dos cosas inseparables. A mayor Amor a Dios, mayor es nuestro anhelo de velar por el bienestar de quienes nos rodean. Y al mismo tiempo, cuanto mayor sea nuestro trabajo dedicado a los demás, más puro se tornará nuestro corazón, y ese corazón así purificado será una morada en la cual fácilmente pueda ingresar el Espíritu Divino. Desde el primer día en que comenzamos a meditar, desde ese mismo día hemos de comenzar a servir a nuestros semejantes con inegoísmo. Cada uno de nosotros debe hallar la forma en la cual colaborar con el bienestar de los demás. Hay muchas formas de hacerlo. Enseñar acerca de Dios, curar a los enfermos, cuidar a las plantas y los animales que el Señor pone en nuestro camino, dar abrigo a quien no lo tiene, buscar que reine la paz entre las personas, alimentar a quien lo necesita, dar tranquilidad al angustiado, acompañar al

HASTINAPURA

diario para el alma

desvalido, meditar en Dios y enseñar a otros a hacerlo, son sólo algunas de las infinitas formas de colaborar con el bienestar de nuestros semejantes. Cada uno de nosotros debe hallar cuál es la forma que es más adecuada a su propia naturaleza, y luego debe dedicarse a hacer el bien.

Nota: Para servir a los demás no debemos buscar demasiado lejos. No. Miremos ahora mismo a nuestro lado, a nuestra derecha, a nuestra izquierda. Miremos cerca nuestro. Quizás allí encontremos a una planta, un perro, o un ser humano que necesite algo. No pensemos en hacer el bien “en general”, o “en teoría”, o “de palabra”. Sino que, más bien, hemos de atender a quienes Dios puso cerca, en forma directa y particular.

Quiera Dios, Nuestro Señor, que a lo largo de toda nuestra vida siempre podamos meditar en Él y hacer el bien, con buena voluntad.

Om. Paz, Paz, Paz.

HASTINAPURA

diario para el alma

Los Bhakti Sûtras (VI)

Los Bhakti Sûtras son un breve libro hindú, el cual es fundamental en el Sendero del Amor a Dios. consta de 84 Sûtras o aforismos que contienen la esencia del Camino Divino. Aquí los transcribimos.

Continúan del número anterior.

66. Amor, y sólo Amor al Señor; el Amor como el de una devota esposa, o como el de un fiel servidor, debe ser practicado y puesto a los pies del Señor; Amor, y siempre sólo Amor.

67. La clase más alta de devotos es aquella que se mantiene unida a Dios por Amor, y sólo por Amor.

68. Cuando los verdaderos devotos hablan de Dios, lloran profundamente emocionados, sus voces tiemblan, los cabellos se erizan e ingresan en estado de éxtasis. Esas divinas criaturas no sólo benefician a sus propias familias, sino también a toda la tierra en la cual nacieron.

69. Estas almas iluminadas, estos amadores de Dios, santifican los lugares de peregrinación. Las acciones que ellos realizan se tornan ejemplos del Dharma y son tan luminosas que hasta confirman la autoridad de las Sagradas Escrituras.

70. Todos aquellos que fueron mencionados en el último verso se hallan plenos del espíritu de santidad, y por ello, plenos del Espíritu de Dios.

71. Cuando semejantes amadores del Señor residen en esta Tierra, las almas de quienes vivieron antes que ellos se regocijan, los Devas del Cielo danzan envueltos en felicidad y la misma Tierra se torna santifi

72. Entre estos Divinos Santos no hay diferencias basadas en estratos sociales, cultura, nacimiento, edad o familia.

73. Porque todos ellos son Hijos de Dios.

74. No se deben tener disputas religiosas o filosóficas sobre Dios, ni fijarse en quién es mejor o peor devoto Suyo.

75. Las opiniones y razones son infinitas, y no tienen fin; uno no debe involucrarse con ellas.

76. Mientras estudiamos las Escrituras Devocionales, meditemos sobre sus enseñanzas, y tratemos de seguir las para que aumente en nosotros la Devoción al Señor.

77. No debemos perder el tiempo pensando “no meditaré en Dios pues estoy muy sucio mentalmente”. Eso es un gran error, pues la manera en que nos purificamos es, precisamente, meditando.

78. El devoto debe cultivar la No-violencia, la Veracidad, la Pureza, la Compasión, la Fe y otras virtudes.

Continúan en el próximo número